
ANDERS, GÜNTHER

La obsolescencia del odio, Pre-Textos, Valencia, 2019, 83 pp.

Las obras filosóficas más importantes de Günther Anders (Breslau 1902 - Viena 1992) están siendo accesibles en lengua española gracias a la Editorial Pre-Textos, que publicó *Hombre sin mundo* (2007) y editó los dos primeros volúmenes de la principal obra de Anders, *La obsolescencia del hombre. Sobre el alma en la época de la segunda revolución industrial* (2011). Ahora ha publicado el libro *La obsolescencia del odio*, cuidadosamente traducido del alemán por Virginia Modafferi y María Carolina Maomed Parraguez. Günther Anders, cuyo nombre auténtico era Günther Stern, concibió este texto como la tercera parte de *La obsolescencia del hombre*. Lo publicó en 1985, a diferencia de las dos primeras partes, que permanecieron inéditas en vida de Anders.

La Dra. Maomed ha escrito un excelente *Prólogo*, ubicando a Anders en el pensamiento filosófico y antropológico del siglo XX, subrayando su originalidad y precisando su principal tesis: “la lógica romántica de la guerra ha quedado sobrepasada por el progreso técnico” (p. 15). Las actividades bélicas se han tecnificado y están muy planificadas. Su eficacia depende ante todo de sus implementaciones tecnológicas, no del valor, la pasión ni la heroicidad de los combatientes. Citando a Virilio, la prologuista señala que los análisis andersianos siguen siendo válidos hoy en día, cuando “se habla de guerras electrónicas, de armas de comunicación instantánea, de fenómenos como la teledetección, misiles crucero y municiones inteligentes” (p. 21). En las *tecnoguerras*, como por mi parte las denominaría, “los sentimientos de odio no parecen ocupar ningún lugar relevante” (*Ibid.*). El factor tecnológico pesa cada vez más y la pasión de los combatientes, incluido el odio al enemigo, cada vez menos. Conclusión: “la situación de la lucha altamente tecnificada ha vuelto obsoleto el sentimiento del odio” (p. 22).

Para exponer estas ideas Anders recurrió a un diálogo imaginario entre Pirrón, un filósofo que sólo tiene el poder de la palabra, y el Presidente Traufe, un dirigente poderoso con capacidad para declarar guerras y pulsar el botón que hace estallar bombas mortí-

feras, por ejemplo atómicas. Téngase presente que Anders fue un destacado líder antinuclear tras el bombardeo de Hiroshima, que le conmovió profundamente.

Anders se doctoró en Marburgo en 1924, bajo la dirección de Edmund Husserl. Fue alumno de Heidegger y marido de Hanna Arendt durante siete años (1929-36). Conoció y trató habitualmente a destacados intelectuales alemanes del período de entreguerras, como Brecht, Broch, Döblin, Heartfield, Grosz y Kafka. Pero no consiguió consolidarse académicamente en ninguna universidad alemana, en buena medida porque siempre se mostró como un pensador independiente. Se distanció de Heidegger, pero nunca fue aceptado por Benjamin, Adorno y Horkheimer, ni en Alemania ni en los EE.UU. Anders se vio forzado a emigrar a EE.UU. en 1936 y desempeñó diversos oficios allí. Llegó a trabajar varios meses como operario de una fábrica manufacturera, lo que le permitió experimentar en carne propia la producción en cadena. En tanto filósofo de la tecnología, Anders tuvo una muy buena formación teórica en Alemania, pero también una intensa experiencia práctica del taylorismo estricto. Para él, la profesión militar, antaño tan honrosa, se había convertido en una cadena de producción industrial de heridos y muertos. Los soldados habían devenido simples trabajadores, como en las fábricas. Por eso Pirrón acabó refutando al Presidente Traufe a lo largo del diálogo.

Al principio, Traufe presumía de tener el poder de convencer a súbditos y soldados de odiasen a quienes él dijera, en base al principio de que “a la mayoría de los seres humanos les gusta odiar” (p. 41). Incluso formuló el principio “odio, por tanto, existo” (*Ibid.*) e invocó “el placer del odio” (p. 44) y la experiencia homicida: “quien todavía no ha matado algo no conoce realmente nada de la vida” (p. 45). Pero Pirrón amplió el argumento y adujo el “placer de destruir” (p. 46), que debería mostrarse ante todo al ver los cadáveres de los odiados enemigos (p. 49). “El cadáver hace que todo sea legítimo” (p. 49), concluyó Pirrón, poniendo en cuestión el poder que Traufe creía tener sobre sus soldados y la propia condición de soldados, ya que su oficio consistía en matar en serie. En la segunda fase del diálogo, Pirrón planteó el problema de matar a distancia, sin mirar

a quién. Los soldados de Traufe no luchan cuerpo a cuerpo ni ven los cadáveres de los enemigos, porque usan armas que matan a larga distancia. ¿Cómo llamarlos soldados? En realidad son trabajadores que utilizan máquinas de matar, sin sentimiento alguno. “El sentimiento del odio está agonizando” (p. 57) —afirmó—, contrariamente a lo que pensaba Traufe sobre su capacidad de inculcar odio. En tanto jefe del ejército, Traufe dirige una empresa que fabrica muertos mecánicamente: “millones de cadáveres como productos del trabajo” (p. 59). Las emociones —concluyó Pirrón— dependen de las situaciones históricas y de los instrumentales técnicos: “el odio se ha vuelto algo anacrónico en la época de la artillería de largo alcance” (p. 60).

Traufe no supo responder a ese argumento “pirrónico” y Anders cerró el diálogo abriendo un nuevo tema: la guerra se hace ahora (1980) desde el aire y, por tanto, no cabe hablar de campos de batalla: “tampoco los habrá más en el futuro, se han hecho obsoletos” (p. 75). Este es, a mi modo de ver, el momento culminante del libro. Las guerras desde el aire las desarrollan grandes maquinarias bélicas que exterminan cualesquiera seres humanos, no soldados ni ejércitos enemigos. Es lo que ocurrió con las bombas de Hiroshima y Nagasaki, que marcaron un punto de no retorno en la historia de la humanidad. Ni los agresores podían odiar a los agredidos ni estos a aquellos: “la distancia y la diferencia entre ambos era demasiado grande (p. 75). “Cuando le pregunté a Claude Eatherly (el piloto de Hiroshima) si había odiado siquiera una fracción de segundo a los habitantes de Hiroshima me miró con razón como a un idiota y me replicó “Why the heck should I have hated them?” (¿por qué diablos debería haberlos odiado?) (p. 76). Otro tanto ocurrió en Vietnam, remachó Anders (p. 78). Conclusión final: “las bombas o los misiles no tienen ojos que puedan distinguir los uniformes de otra indumentaria; la *égalité* de hoy consiste en el hecho de que todos los civiles tienen el mismo derecho que los militares a ser asesinados” (*Ibid.*).

Palabras proféticas en relación al terrorismo del siglo XXI. Conviene leer a Anders y reinterpretarlo en los tiempos actuales. Sus tesis no sólo valen para las guerras con cañones, bombas y misi-

les, sino también para las guerras financieras y para las guerras escenificadas en las televisiones y redes sociales. Sin embargo, en estos foros sociales resurge el odio, pero esta vez entre los ciudadanos, no entre ejércitos ni soldados. Las guerras de hoy en día se han hecho *tecnoguerras civiles* y se libran en las pantallas. Anders se centró en las tecnologías industriales. Las tecnologías de la información y la comunicación generan otro tipo de guerras, las infoguerras (Töfler, Virilio, etc.), a las que también cabe denominar tele-guerras y tecnoguerras.

Javier Echeverría. Jakiunde
 javierecheverria@jakiunde.org

DOTOLI, GIOVANNI Y UCCIANI, LOUIS

Le renouveau de l'idéalisme, L'Harmattan, Paris, 2018, 198 pp.

El idealismo en filosofía supone establecer como punto de partida la explicación de la materia por el espíritu, es decir, las ideas. Puede ser objetivo (la idea es un objeto de la mente humana) o subjetivo (es producción del pensamiento mismo). Su origen lo encontramos en la Edad Antigua con autores como Platón o Plotino y es continuado por filósofos de la Edad Moderna como René Descartes o Immanuel Kant.

En el siglo XX se produce una *renovación del idealismo*, de donde surge el título del libro, con autores como Emmanuel Lévinas, quien hace surgir el concepto de trascendencia entendida bajo el ángulo de la subjetividad (Cfr., p. 9). Lévinas se propone el objetivo de repensar este concepto de trascendencia, construyéndola desde una intuición sin construir, desde la concepción del *Otro*, naciendo entonces de la relación intersubjetiva. Por tanto, para Lévinas, la verdadera trascendencia no nace de la interioridad de un ser, de la que sería una prolongación o una idealización, sino de la exterioridad. La trascendencia no puede, entonces, ser experimentada más que como una puesta en crisis de la subjetividad, que se halla ante el otro que ella no puede contener ni asumir y que, no obstante, la pone en tela de juicio. Este es el tema principal del monográfico, que supone